



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

*Niños des-obedientes
en un mundo de adultos des-bordados*

**Trabajo Final de Grado
Monografía**

Estudiante: María Jimena Morales Zinola
C.I. 3.840.913-1

Docente Tutor: Prof. Titular Mag. Michel Dibarboure

Docente Revisora: Prof. Adj. Mag. Marcia Press

Montevideo, Octubre 2023.

*A mi tutor, quien supo acompañarme en este desafío
con dedicación y compromiso.*

A Sebastián y Selena por su amor y apoyo incondicional.

*A Sofía y a Julieta por sorprenderme
y enseñarme lo que es ser niña en la vida.*

A mis padres en su presencia y en su ausencia.

*A mis amigos y compañeras de facultad
que me enriquecieron con su compañía este camino.*



Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
I . Infancias.....	6
Construcción sociohistórica de la infancia.....	6
Representaciones de la infancia de hoy.....	9
Ruptura de la asimetría adulto-niño.....	11
“Niños des-obedientes”.....	12
II . El devenir del sujeto psíquico.....	15
Constitución del aparato psíquico.....	16
El papel del semejante auxiliador.....	17
Los tiempos del sujeto.....	18
III . Posibles fallas en el camino de la subjetividad como signo del sufrimiento psíquico infantil asociado al comportamiento desobediente.....	25
¿A qué responde el comportamiento desobediente?.....	27
Un vínculo de coerción.....	27
El des-borde de lo pulsional.....	28
Fallas en la simbolización.....	28
Fallas en la constitución del narcisismo.....	30
a. Desmentida de la dependencia.....	30
b. El niño como sostén del narcisismo parental.....	30
Fallas en el armado de un superyó protector.....	31
La transgresión a las normas.....	31
Del lado de los padres: posición subjetiva de éstos frente a la problemática del niño.....	32
Intervenciones clínicas.....	33
Reflexiones finales.....	36
Referencias bibliográficas.....	37

Resumen

La presente monografía propone exponer y explicar la posición subjetiva de niños que desobedecen a sus mayores, los cuales quedan muchas veces desbordados ante sus comportamientos. Consideramos dicho proceder como una señal de alerta que no debe pasar por alto. Para ello, abrimos una línea de análisis desde la perspectiva psicoanalítica buscando profundizar sobre el armado de la subjetividad y cómo juega el deseo de los padres en la estructuración psíquica del niño.

A partir de ahí, reflexionamos respecto al comportamiento desobediente que produce sufrimiento. Esto nos permite acercarnos a las posibles intervenciones clínicas que apuntan a producir bienestar. Por esta razón, realizamos un recorrido teórico respecto al constructo infancia y sobre las diferentes representaciones que la misma adopta en el devenir cultural y epocal, en el cual dialogan varios autores provenientes de diversos campos del saber como lo son la educación, la comunicación, lo social, el psicoanálisis y la psicología clínica.

Palabras clave

Infancias, “Niños des-obedientes”, estructuración psíquica, subjetivación, posición subjetiva.

Introducción

Hoy en día nos enfrentamos ante el borramiento de la trama narrativa que evidencia continuidades y discontinuidades en el modo de definir los asuntos humanos en relación a las nuevas generaciones (Minnicelli, 2020, p.21). Las sociedades contemporáneas se encuentran sometidas a un modo de vida vertiginoso donde los cambios y las transformaciones a nivel cultural, social, político, económico y científico-tecnológico (Leopold, 2011,p.15), que dejan a los sujetos cada vez más solos y sin la posibilidad de metabolizar la gran cantidad y variedad de contenidos. El discurso cultural actual versa sobre un patrón de consumo que no tiene límites, sino que seduce a los sujetos generando en ellos una sensación de satisfacción inmediata (Bauman, 2003).

Por consiguiente, comienza a producirse un proceso de desobjetivación (Bleichmar, 2016) en todos los seres humanos en el que se desdibuja todo horizonte de futuro posible, se instala un interminable presente y la única legalidad que rige es la del “Yo quiero” y “Lo quiero ya” (Bauman, 2003, p.82). De esta forma, se producen y reproducen modos de ser, de estar y de vivir en el mundo con otros, donde el tener se antepone al ser (Muniz, 2013). Además, los modelos identificatorios propuestos por el discurso mediático como el impacto que la inmediatez ha tenido en la vida infantil (Bleichmar, 2016), han trastocado no solo las posiciones subjetivas de niños y adultos, sino los modos de crianza. Esto contribuye a que las figuras referentes se desmarquen de su rol de cuidado y protección (Muniz, 2013).

En estas circunstancias surgen representaciones de las infancias que se configuran y desplazan continuamente (Lewkowicz, 2004, p.126), produciéndose diferentes sentidos y significados (Minnicelli, 2010). En dicho contexto, puede leerse ciertos emergentes que afectan directamente a niños y niñas. En particular, aquellos que desobedecen con sus comportamientos los mandatos parentales, y que no ceden ante la mirada ni la voz ni la palabra de sus mayores (Minnicelli, 2010) .

Los niños que se presentan de forma adultizada, que no reconocen las figuras de autoridad; son carentes del registro del límite y del riesgo. Esto no debe considerarse una simple descripción de comportamientos, sino señales de alerta en las nuevas generaciones que no pueden pasar inadvertidas (Minnicelli, 2010,p.19). El carácter dominante de la relación con el otro tiene un doble sentido. Por un lado, el niño intenta dominar al otro a través de sus comportamientos. Por otro lado, es dominado por la urgencia de lo pulsional que lo deja solo frente a un goce desenfrenado.

Las figuras parentales se muestran desbordadas sin la posibilidad de pautar y hacer un borde que contenga lo que muchas veces ellos mismos generan (Janin, 2017). Como efecto de ello, el niño cae bajo una mirada patologizante (Janin, 2017), que lo señala como “niño problema”, ubicándolo como único responsable de sus comportamientos (Muniz, 2013, p. 138). Donde un rasgo del niño captura todo su ser (Janin, 2017, p.25), de modo que pasa de ser un niño a ser un “problema”, de este modo se crea un estigma que anula su singularidad (Bleichmar, 2001).

El interés por esta temática surge del recorrido por la práctica de graduación y de seminarios optativos que fueron dando apertura hacia la búsqueda de saber sobre las distintas formas de expresión del sufrimiento infantil. Fue así que, inicialmente; nos cuestionamos acerca de ¿Qué nos dicen con su hacer los niños “desobedientes”? ¿Qué desobedecen?, ¿A qué se debe su posición subjetiva?, ¿Qué puede aprender la clínica psicoanalítica de estos niños? Estas interrogantes motivaron y orientaron la elaboración de una aproximación en relación a una problemática presente en las infancias de hoy.

Buscamos realizar un aporte que refleje una mirada desestigmatizante sobre estas infancias. Tomamos en cuenta la complejidad para reflexionar sobre el sufrimiento psíquico infantil, que se expresa por medio de comportamientos que no son simples modos de conducta. Por lo que; fue imprescindible contar con los desarrollos teóricos de diversos autores provenientes de diferentes campos del saber, con lo cual nos acercamos a un conocimiento mayor sobre por qué sufren estos niños.

En este trabajo, tomamos como marco teórico de referencia al psicoanálisis por ser una disciplina que permite realizar una lectura de la historia de cada niño y acceder a la posición subjetiva que éste tiene en la misma. Historia libidinal, que se encuentra atravesada por deseos, fantasmas, prohibiciones que se van transmitiendo de una generación a otra (Janin, 2017). Por ello, realizar este escrito sin considerar los diferentes avatares por los que los niños transitan en el camino de la subjetivación sería empobrecedor.

Como punto de partida, concebimos la infancia como categoría constitutiva de los momentos estructurantes de la subjetividad infantil (Bleichmar, 2001, párr. 1) y en la que se despliegan formas singulares de experimentarla (Carli, 1999). Esto nos permite problematizar el comportamiento infantil desobediente y los efectos que produce la ruptura de la asimetría en la relación adulto-niño (Bleichmar, 2001).

Asimismo, explicamos el armado de la subjetividad y la estructuración psíquica a partir del paradigma de “lo originario” propuesto por Silvia Bleichmar. Dicha noción de subjetividad, es la que nos permite realizar hipótesis sobre por qué se enferma un niño (Muniz, 2013), lo que nos acerca a pensar en intervenciones clínicas, teniendo en cuenta el tiempo de la infancia en que se encuentra el sujeto y de cómo juega el deseo de los padres en la estructuración del psiquismo infantil (Flesler, 2011).

I. Infancias

La infancia y la adolescencia son construcciones históricas que se configuran y desplazan una y otra vez.

I. Lewkowicz, 2004

Construcción socio histórica de la infancia

Las diversas representaciones de la infancia que se han desplegado a lo largo de la historia se deben a los diferentes discursos culturales que surgieron en torno a ella. Para el historiador francés Philippe Airès (1992), la infancia es una construcción socio histórica en la que sus representaciones y significados han variado con cada época. Desde el inicio de la humanidad hasta entrada la modernidad, se puede decir que los niños no eran tomados en cuenta como seres humanos dependientes del auxilio del semejante, sino que se los concebía como un adulto más.

El autor señala que desde el momento en que el niño comenzaba a caminar era inserto en el mundo adulto y se lo igualaba a éste a través de la vestimenta, el lenguaje y las costumbres de la vida cotidiana. Así, la representación que se tenía de los niños en ese entonces era la de un adulto en miniatura (Airès, 1992, p. 59). Además, la norma social que predominaba en Europa, sobre todo en Francia, consistía en separar a los niños de sus madres desde el momento en que nacían y se los dejaba a cargo de nodrizas. El niño dependía del poder adquisitivo de los padres para sobrevivir, las familias con más recursos económicos alojaban al niño en residencias cercanas al pueblo en el que vivían, de lo contrario, eran abandonados en orfanatos muy alejados de la ciudad (Airès, 1992).

Las prácticas de crianza en el período anterior a la modernidad ponían en riesgo la vida del niño, las cuales iban desde el abandono al infanticidio (Volnovich, 2002, p. 11). Es decir que, en las familias más humildes era frecuente el colecho que acababa con la muerte del pequeño por asfixia. Además de que muchas mujeres terminaban abandonando a sus hijos, o decidían no alimentarlos para poder sobrevivir ellas (Volnovich, 2002).

En este recorrido histórico, los autores mencionados señalan las ideas de San Agustín, quien concibe la infancia como un pecado. Por ésta razón, el niño era considerado

un símbolo del mal desde el momento de su alumbramiento (Volnovich, 2002), esta idea de niño endemoniado justificaba su sometimiento a castigos y tratos despiadados que pretendía corregir su comportamiento y disciplinar su cuerpo.

Para Volnovich (2002), los padres solían ser negligentes ante los requerimientos y necesidades de sus hijos, y frente a los diversos comportamientos infantiles el adulto respondía a los mismos con maltrato; palizas, encierros, inanición deliberada, enfajamiento del cuerpo del niño o encadenando sus extremidades para que no puedan ser usados sus miembros. Estas prácticas infanticidas que tienen el objetivo de liberar al niño del “mal”, terminaron acabando con la población infantil en Europa durante los siglos XVII y XVIII (pp.12-13).

Una vez iniciado el período de la Ilustración se abre paso al uso de la razón y al conocimiento científico. Esto permitió que las personas se ubicarán en un lugar diferente en relación a su percepción sobre las cosas y el mundo. Así, comienza a surgir lo que Airès (1992) llamó el “sentimiento de la infancia”¹. Es a partir de esta época que las familias comienzan a organizarse en espacios privados que habilitan, por una parte, el desarrollo de nuevos vínculos entre madre e hijo y por otra, cambia el estatus social de la mujer por el de madre. Esta será la encargada de los cuidados de su hijo y la única responsable de que el niño se convierta en el hombre del mañana (Volnovich, 2002).

Este giro que se produce en la estructura social permitió que el niño saliera del anonimato en el que se encontraba para ser visibilizado y reconocido como tal (Volnovich, 2002), hecho que da lugar al tutelaje de la niñez por parte de dos instituciones: el Estado y la escuela. En primer lugar, se produce un cambio en el modo de concebir al niño que lo ubica como promesa del porvenir (Carli, 1999). El Estado-nación, productor de subjetividad, concibe al niño como ciudadano (Lewkowicz, 2006). No obstante, las prácticas llevadas a cabo por dicha institución acompañan el discurso económico que apunta a formar sujetos autónomos y competentes, capaces de trabajar en la fábrica y generar riquezas en favor de las clases dominantes (Volnovich, 2002).

En este marco comienza a vislumbrarse otra figura de la infancia que compromete aún más la posición del niño y los significados que surgen en torno a las representaciones que comienzan a emerger. De este modo “el niño pecado, el niño error, el niño estorbo va

¹ Airès (1992) concibe el sentimiento de la infancia como una toma de conciencia en la sociedad sobre la particularidad infantil, dicha particularidad “distingue esencialmente al niño del adulto” (p.178). Una vez asumido este sentimiento por la sociedad la categoría infancia fue reconocida y ubicada en el estrato social.

adquiriendo el valor de niño mercancía” (Volnovich, 2002, p. 18). A pesar de que el niño alcanza a ser reconocido como ciudadano, se presenta una paradoja que evidencia el modo en que niños y niñas “están preparándose para poder ser subastados en el mercado de intercambio” (Bleichamr, 2001, p.2).

En segundo lugar; la institución escolar juega un papel fundamental. Sobre este punto, Sandra Leopold señala que la escuela no solo actúa como institución educativa, sino que además de disciplinar los cuerpos² de niños y jóvenes, también opera como nexo entre la familia y el niño. La escuela pasa a ser el principal lugar de socialización fuera del hogar (Leopold, 2011), motivo que habilitó a concebir la infancia como un tiempo de espera, de latencia³, necesario en la vida de todo individuo (Lewkowicz, 2005, p.126).

Es preciso mencionar que la inclusión en la institución educativa no se dio de forma igualitaria para todos los niños y niñas. Según Leopold (2014), avanzada la Revolución Industrial, tanto los hijos de los trabajadores fabriles como los hijos de campesinos vivían un tiempo muy corto de la infancia. Debido a que desde muy pequeños eran entrenados para trabajar en las fábricas siendo víctimas de una gran explotación (p.34). Situación que comenzó a ser regulada a partir de la asistencia obligatoria al dispositivo escolar (Carli, 1999).

A pesar de ello, muchos niños quedaban al margen de todo proyecto de futuro sin la posibilidad de acceder a la escolarización, a causa de que con frecuencia solían ser abandonados por sus padres. Según Leopold (2011), esta situación deja caer a niños y niñas bajo el rótulo de “menores”. De este modo, la figura de “menor” queda asociada al abandono y a la pobreza y, como consecuencia de ello el niño abandonado pasa a representar un riesgo para la sociedad que lo deja solo ante un sistema que lo excluye (p.28).

Para dar respuesta al riesgo que el “menor” despierta en la sociedad, estos niños son encerrados en dispositivos de control específicos, los cuales se ocupan de establecer un conjunto de pautas que actúan sobre los cuerpos infantiles (Leopold, 2011, p.32). Sobre este punto, Pilotti (2001) asevera que, estas prácticas comenzaron a ser reguladas a través de los artículos dispuestos por la Convención sobre los Derechos del Niño, la cual busca

² Nos referimos al concepto foucaultiano (1975), sobre disciplinar los cuerpos en las instituciones de encierro, siendo la escuela una de ellas, la cual controla, vigila y castiga.

³ Para Ignacio Lewkowicz (2004) los niños se encuentran afectados por instituciones significativas en la infancia como son la escuela y la familia, por tanto, la infancia es un tiempo de latencia que marca un tiempo que refiere al “todavía no” (p.126).

proteger a niños y niñas de cualquier tipo de abusos. La Convención reconoce a niños y niñas de diversas culturas como sujetos de derechos y asume el compromiso de proteger a los mismos integrando a la familia, a la sociedad y al Estado (UNICEF, 2014, p.5).

Sin embargo, en la actualidad se continúan vulnerando los derechos de muchos niños, niñas y adolescentes en los que su voz no ha podido ser escuchada. Es el caso de las infancias de América Latina donde las políticas públicas de protección a las infancias, si bien han dado respuestas, siguen siendo insuficientes (Pilotti, 2001, p.48).

Representaciones de las infancias de hoy

*En un mundo que discrimina y tortura,
que al diferente le pasa factura.
Al que va contra corriente, tritura, clausura
y quiere esconder como basura.
Que margina, incrimina y censura.
Por delante aprueba y por detrás murmura,
que castiga al que se va de la estructura
y que nunca sutura lo que fisura.*

R. Musso, 2012

Las sociedades contemporáneas desde finales del siglo XX comenzaron a sufrir grandes transformaciones a nivel económico, político, social y cultural. Los avances tecnológicos e informáticos se desplazan a gran velocidad por todo el planeta desencadenando “una tercera revolución industrial y científica-tecnológica”⁴ (Leopold, 2011, p.15). Dicho fenómeno se beneficia del proceso de globalización⁵ a fin de liberar flujos de capital, de información y de las imágenes que universalizan las fronteras mundiales (Lewkowicz, 2006).

⁴ Sandra Leopold (2011), plantea que los avances tecnológicos producidos a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI generados por el proceso de globalización requirieron del uso de la informática, la telecomunicaciones y la biotecnología. Estas energías fueron monopolizadas por el nuevo sistema económico el cual abrió un camino de desigualdad socioeconómica en casi todas las regiones del planeta.

⁵ Para Ignacio Lewkowicz (2006), la globalización es un mecanismo técnico que permite la conexión virtual del planeta a fin de unificar los flujos económicos.

A su vez, la publicidad presente en los medios de comunicación instituye un discurso⁶ cultural que opera como herramienta para disciplinar a los sujetos en las actuales sociedades de consumo (Miniz, 2006). En este sentido, la vida comienza a organizarse bajo los modos que propone la nueva lógica mercantil, mientras el Estado-nación se agota en su función de soberano y productor de ciudadanos, pasa a ser un ente técnico administrativo que se apoya en su nueva figura social: el consumidor (Lewkowicz, 2006).

Conforme a ello, los modos de ser y estar en el mundo van variando a ritmo vertiginoso bajo un patrón de consumo que no tiene normas ni límites, sino que seduce a los sujetos generando en ellos una sensación de rápida satisfacción (Bauman, 2003). De ésta manera, el mercado no solo promociona objetos para ser consumidos, sino que modela a quienes consumen (Miniz, 2006). Así, la existencia comienza a dividirse entre el ser y el tener, lo que atenta contra la sensación de bienestar en las personas (Muniz, 2013).

Las relaciones humanas comienzan a ser cada vez más frágiles, el desapego a las personas y el desinterés del encuentro con el otro generan un proceso de desubjetivación que se caracteriza por producir individuos que no reconocen ni aceptan las diferencias (Muniz, 2013). En concordancia con estas afirmaciones, Bauman (2003), menciona que el fenómeno de la inmediatez que ocupa a las actuales sociedades, tiene como efecto producir subjetividad sobre la base del individualismo que aniquila la otredad (p.109).

En este contexto, nos cuestionamos acerca de ¿qué representaciones surgen hoy en torno a la infancia? Esta interrogante abre la posibilidad de analizar los múltiples factores que intervienen en su configuración. Partimos de las legalidades discursivas que apuntan a la construcción subjetiva como lo son los medios de comunicación. La publicidad destinada a la infancia, busca influir en el proceso de socialización a través de enunciados que proponen una nueva representación de la infancia: “El niño como cliente” (Miniz, 2006, p.212).

El reemplazo de la felicidad como proyecto de vida fue sustituido por el goce inmediato presente en la vida infantil (Bleichmar, 2006). Los anuncios publicitarios establecen un poder simbólico asentado en la uniformidad de mensajes dirigidos a los niños que favorece cierta pérdida del sentido de realidad (Miniz, 2006, p. 213).

Según Miniz (2006) se desplaza la imagen de niño obediente, tierno y dócil que lideró en la modernidad, hacia la figura de niño consumidor que exige a los adultos en vez

⁶ En este trabajo empleamos la noción foucaultiana de discurso para destacar que éste toma valor de verdad y de ahí se construye la realidad. Concepto presente en la obra *El orden del discurso* (1970).

de pedir. Sin embargo, esta no es la única representación de la infancia en los tiempos de fluidez, también entran en juego la infancia desubjetivada que la exclusión del mercado genera, las cuales no alcanzan el ideal de infancia propuesto por la lógica mercantil y por ello son invisibilizadas (Bleichmar, 2016).

Otro factor que incide en las actuales representaciones de la infancia es la tendencia a patologizar la vida cotidiana; aquel niño que no puede tolerar estar ocho horas en la escuela es percibido como “hiperkinético” (Bleichmar, 2001, párr. 3). Así, se comienza a adjudicar diversas nominaciones a ciertos comportamientos, que si bien siempre existieron, hoy alcanzan otro tipo de connotaciones desubjetivantes (Muniz, 2013).

En este sentido, los niños que se portan mal son clasificados por nominaciones que muchas veces son buscadas en internet y que consideran un comportamiento infantil una patología. Dicha nominación, ubica al niño en la posición de “niño- problema” (Bleichmar, 2001).

En la actualidad se despliegan diferentes formas de transitar la infancia, de un modo cada vez más desigual. Sandra Carli (1999), propone hablar de “las” infancias en lugar de “la” infancia que están sujetas a las legalidades de la cultura dominante en cada época (p.13). Ello explica que no existe un único modo de ser niño o niña, de sufrir, de vivir y de amar (Miniz, 2006).

Ruptura de la asimetría adulto-niño

Hoy en día, la legalidad del discurso mediático ofrece un modelo identificatorio donde se desdibujan las figuras parentales permanentes y seguras (Muniz, 2013, p. 137). Los anuncios publicitarios dirigidos a la población infantil excluye al adulto como figura de autoridad y lo concibe como un proveedor más de productos (Miniz, 2006). Esto contribuye al debilitamiento de los supuestos en los que se asentó la autoridad de los adultos, alterando la asimetría entre unos y otros (Leopold, 2014). El rápido acceso que los niños tienen a la información en la red informática no solo afecta su capacidad cognitiva, sino que genera modos de desconstrucción subjetiva (Bleichmar, 2001).

Por lo tanto, el borramiento de las asimetrías generacionales produce un cambio en la posición subjetiva de niños y adultos. Según Muniz (2013) este hecho genera que:

(...) el niño sabe de todo, participa en todo, se transforma en un ser exigente e intolerante hacia quienes comparten su vida social y familiar mientras que el adulto desea permanecer joven (...), exigiendo para sí el derecho a divertirse y distenderse como si ello estuviera amenazado por su condición de ser padre/madre. (pp. 137-138)

De esta forma, se emplean modos de crianza que ponen en riesgo la subjetividad del niño. Sostener la asimetría supone una posición de responsabilidad y cuidado por parte del adulto.

Asimismo, el ámbito educativo también juega un papel importante en la relación adulto-niño. La escuela no es ajena a la realidad actual, por eso reproduce lo que la sociedad produce. Cristina Corea (2005), señala que la institución escolar se ha agotado en su función de transmisión de saber, la misma se ha transformado en un dispositivo donde se intercambia información a través de la opinión (p.72).

Los efectos del desdoblamiento de la virtualidad que requiere nuevas formas de simbolización (Bleichmar, 2001, párr. 4), genera serias dificultades porque cuando un alumno no se ajusta a los parámetros que la institución tiene para accionar, es derivado a otro espacio por no adaptarse a las condiciones exigidas (Muniz, 2013, p.139). Estas prácticas nos remiten a pensar, desde la perspectiva de Foucault (1975/1989), en el castigo. Las diferencias son sancionadas y recluidas en otro espacio, junto con otros sujetos que cargan con la misma marca.

"Niños des-obedientes"

*El padre, ciego, cree siempre que su hijo dice cosas exquisitas,
los demás desearían ser sordos, para no oír más tonterías,
pero por necesidad, es necesario aplaudir al consentido niño.*

– G. Della Casa, *Galatée*.

En el contexto de la inmediatez puede leerse una problemática infantil que deja a padres, maestras y adultos en una posición de impotencia frente a la intolerancia, la exigencia y la violencia con la que muchos niños actúan (Muniz, 2013). Estos chicos, cuyo comportamiento no obedece a lo que se espera de ellos; tienden a mostrarse desafiantes, autoritarios y caprichosos ante los adultos. Son niños que no aceptan los límites y no

reconocen las figuras de autoridad que quedan dominados por la urgencia de lo pulsional, lo cual altera su percepción de la realidad (Janin, 2017).

Si no hay un tiempo de espera, de renuncia pulsional, el principio de realidad se ve afectado (Freud, 1911/1980). Para que esto no suceda, es necesario la participación de un Otro que pueda pautar y sostener al mismo tiempo lo pulsional en estos niños. Dicha función implica una pérdida de goce por parte del adulto (Bleichmar, 2016).

Sin embargo, cuando no hay una renuncia al goce, no se producen ligazones en torno a la pulsión de vida, sino que el niño queda a merced de la inmediatez de la descarga pulsional (Janin, 2017). La que en parte, es influida por el discurso cultural actual que busca una nueva forma de disciplinar los cuerpos infantiles como clientes de un mercado sin adultos y sin límites. De acuerdo a esto Miniz (2006) afirma que:

La interpelación publicitaria invita a la acción sin consulta, a la maniobra directa. El empoderamiento del segmento de novatos clientes consiste en negar al adulto como "otro decisor", como "otro" interviniente, regulador o consultor del consumo de la niñez. Así los anuncios no solo definen cómo se puede ejercer *"poder" durante la infancia sino para qué hacerlo: "poder para decidir" y "decidir para tener"*. (p.230)

La autora plantea el fin de la obediencia. Los niños y las niñas quedan emancipados de la mirada del adulto, lo que les permite actuar a su antojo. Las figuras parentales se desdibujan y la asimetría entre el adulto y el niño se rompe. En consecuencia, el niño queda sin un adulto que opere como soporte simbólico y no hay ley que regule su hacer, lo cual dificulta su capacidad para desarrollarse como sujeto ético (Bleichmar, 2016).

Así, este modo particular de ser y hacer en relación con los otros, muchas veces ocasiona serios conflictos entre el niño y el adulto y entre el niño y sus pares. De acuerdo con Minicelli (2010), este fenómeno presente en nuestro tiempo "implica que niños y niñas transiten por diferentes escenarios familiares, sociales, educativos y judiciales" (p. 18), sin la posibilidad de ser tomados por un discurso subjetivante ni una mirada humanizante.

Por el contrario, estos niños suelen caer bajo un rótulo patologizante, que estigmatiza y anula su singularidad, lo que conlleva a que sean medicados con psicofármacos, con el fin de acallar lo que dicen con su hacer (Janin, 2017). En ocasiones, un mal manejo de estos medicamentos por parte de la familia deja a estos niños bajo los efectos secundarios de la droga produciendo un sufrimiento aún mayor.

Desde el punto de vista del saber disciplinar, el discurso hegemónico clasifica las actitudes de niños que “se portan mal”. En el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (4a ed.; *DSM-4*) de la Asociación Americana de Psicología (2013), se agrupa el proceder de estos niños y niñas bajo la denominación: “Trastorno negativista desafiante”, que se encuentra en el apartado “Trastornos de inicio de la infancia, la niñez y la adolescencia” (p.40).

En cuanto a la descripción que realiza la Asociación Americana de Psicología (1995) sobre el “trastorno negativista desafiante”, encontramos que los criterios establecidos varían con la edad del niño y se caracteriza por un patrón de comportamiento que responde a la conducta negativista, actitud desafiante, desobediencia y hostilidad dirigida a las figuras de autoridad que se encuentran en el entorno del niño. Los niños de edad preescolar presentan dificultad para tranquilizarse, reactividad elevada y temperamento problemático (p.96).

En la edad escolar suelen ser frecuentes síntomas como labilidad emocional, estallidos de ira, baja tolerancia a la frustración y baja autoestima. En los años de inicio de la pubertad el “trastorno negativista desafiante” puede producir consumo precoz de alcohol, tabaco o sustancias ilegales. A su vez, el chico comprueba permanentemente los límites ignorando órdenes y manifiesta agresiones verbales dirigidas a sus compañeros y adultos. Además, suele asociarse este trastorno con el “trastorno de déficit de atención con hiperactividad” y con los “trastornos de aprendizaje” (p.97).

Esta extensa y variada lista agrupa y clasifica comportamientos; al mismo tiempo que busca medir la desobediencia le asigna causas únicas y generales que actúan como sentencia de por vida (Janin, 2017), sin tomar en cuenta la diferencia ni la complejidad de las subjetividades en juego (Muniz, 2013). Es por ello, que al momento de analizar y reflexionar respecto al comportamiento de estos chicos, es preciso hacerlo desde un pensamiento complejo (Morin, 1999), que permite integrar múltiples miradas y no reducir el comportamiento de estos chicos a una mera clasificación de manual.

Si bien, el diagnóstico permite hacer hipótesis para abordar un determinado tratamiento, no debe ser considerado un punto de llegada, sino uno de partida (Muniz, 2013, p.149). En concordancia a estas afirmaciones, Janin (2017), sostiene que realizar un diagnóstico no es poner un cartel, sino delimitar cuales son las determinaciones, que conflictos están en juego, como pesa lo intersubjetivo, qué defensas se han estructurado en ese niño, qué repite su entorno y qué repite el niño mismo (p.36).

II . El devenir del sujeto psíquico

La infancia es el tiempo de instauración de la sexualidad humana, y de la constitución de los grandes movimientos que organizan sus destinos en el interior de un aparato psíquico (...), abierto a nuevas resignificaciones y en vías de transformación hacia nuevos niveles de complejización posible.

S. Bleichmar, 2012

La infancia ha tenido un lugar central en la historia del psicoanálisis, Hermine Hug-Hellmuth representa una de las primeras exponentes del psicoanálisis infantil, así como lo fueron Melanie Klein y Ana Freud, entre otros. Asimismo, el interés de Sigmund Freud sobre la infancia se mantuvo presente en el transcurso de toda su obra. Sus afirmaciones acerca del funcionamiento de ciertos mecanismos psíquicos de origen sexual, que son el núcleo de los conflictos inconscientes que producen la neurosis, se hallan en la base de la sexualidad infantil. Estas teorizaciones le permitieron responder sobre la etiología de la histeria y más adelante lo llevó a determinar la neurosis infantil en el caso del pequeño Hans.

Cabe mencionar, los aportes realizados por diversos autores contemporáneos provenientes de distintas escuelas psicoanalíticas, destacaron los modos de sufrimiento infantil otorgando una marcada importancia al rol que desempeña la familia, el ambiente, la función de la madre y el padre como elementos fundamentales del funcionamiento psíquico infantil.

Este trabajo destaca los aportes de la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar, quien realiza una distinción entre niñez e infancia. Señala que: la primera tiene que ver con una etapa definida por el desarrollo del niño, y la segunda corresponde a una categoría constitutiva de los momentos estructurantes de la subjetividad⁷ infantil (Bleichmar, 2001, párr.1). Esta disparidad apunta a reconocer, por un lado, la constitución del psiquismo y por otro lado, a la producción de subjetividad.

⁷ Para Silvia Bleichmar (2001) la producción de subjetividad tiene que ver con los modos en los cuales cada sociedad define de qué manera deben ser los sujetos sociales.

En este sentido, la autora postula que el aparato psíquico se rige por lógicas universales⁸ y la subjetividad remite a la posición del sujeto en una red de significaciones (Bleichmar, 2001, párr. 1). De acuerdo a estas aseveraciones Minicelli (2010), menciona que la categoría infancia adquiere un valor polisémico del que surgen diversos sentidos y significados. Así, el significante infancia será definido desde la posición subjetiva del hablante (p.44).

Constitución del aparato psíquico

Silvia Bleichmar, postula a la represión originaria como el mecanismo fundante del psiquismo. Anterior a la instauración de éste mecanismo, comienzan a producirse en el incipiente psiquismo ciertos movimientos que permiten la ubicación de los elementos que lo constituyen, los cuales se encuentran mediados por la participación del semejante auxiliador (Bleichmar, 2012).

El psiquismo comienza a estructurarse en una trama intersubjetiva con un otro primordial, quien desde el encuentro inaugural sexualiza al niño a la vez que satisface sus necesidades biológicas (Bleichmar, 2012). Asimismo el niño depende, durante todo el transcurso de su estructuración psíquica, del deseo de sus padres para llegar a ser un sujeto deseante (Flesler, 2011).

⁸ Silvia Bleichmar (2006) al diferenciar el aparato psíquico de la producción de subjetividad describe a los universales como los principios básicos por los cuales se rige el funcionamiento psíquico en los sujetos.

El papel del semejante auxiliador

Vivir es experimentar en forma continua lo que se origina en una situación de encuentro.

P. Castoriadis-Aulagnier, 2014

En varios momentos de la obra de Freud, puede encontrarse la referencia que hace en cuanto al papel que juega, en la constitución del psiquismo, el semejante que auxilia a la cría humana desde el momento de su nacimiento. En Tres ensayos de teoría sexual (1905/2000), describe el hallazgo del objeto de amor en el periodo de lactancia, donde expresa que:

El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que es la persona -por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. (Freud, 1905/2000, p. 203)

Esta cita destaca el modo en que entra en juego la sexualidad del adulto en relación al psiquismo del niño en vías de constitución. Es a partir de la sexualidad del semejante que el cachorro humano deviene sujeto; es el Otro materno quien seduce no el niño. Según Bleichar (2008), desde el momento en que la madre sale al encuentro con su hijo para satisfacer las necesidades que son del orden biológico, se instauran otras tensiones que corresponden al orden sexual, siendo estas últimas el motor del aparato psíquico.

En otras palabras, en el mismo movimiento en que la madre apacigua al niño produce una estimulación sexual que abre paso a la inscripción de las primeras zonas erógenas. La autora hace énfasis en que el niño queda expuesto a una sexualidad precoz que la madre instituye, desde su propia sexualidad y desde su propio narcisismo convirtiéndolo en un producto sexualizado de la cultura, vale decir, lo humaniza (Bleichamr, 2008, p.65).

Así, se abren recorridos deseantes que se transitan una y otra vez en su búsqueda permanente (Janin, 2017). Para que estos recorridos sean posibles, el semejante auxiliador tiene que encontrarse disponible para su bebé. En relación a esto, Winnicott (1991), nos habla de la capacidad que tiene la madre para identificarse con su hijo y responder de forma



rápida y eficiente a las necesidades que son indispensables para el sostenimiento de la vida afectiva y biológica (p. 57).

Desde la perspectiva de Winnicott, la capacidad de la madre para sostener a su bebé, el *holding*, permite que el niño comience a registrar los afectos maternos como propios. La función de la madre consiste en el sostén, en el manejo y en la presentación de objetos. De modo que, en los primeros tiempos de constitución del aparato psíquico la pequeña cría humana experimenta una fusión con el semejante materno. Por ello, durante este tiempo, el amor materno es vivido como amor propio y el rechazo del mismo es sentido como un rechazo a sí mismo (Winnicott, 1991, p. 59).

De acuerdo a las formulaciones de Piera Aulagnier, la madre es para su hijo un enunciante del discurso ambiental, que le ofrece al niño un mundo de sentidos previamente codificado por su psique. Ésta se anticipa al enunciar palabras y actos sobre lo que ella cree que su hijo puede necesitar. El discurso materno es “responsable del efecto de anticipación impuesto a aquel de quien se espera una respuesta que no puede proporcionar” (Castoriadis-Aulagnier, 1975/2014, p.33).

Desde el punto de vista de la autora, la anticipación materna instituye una “violencia de interpretación”; se trata de un exceso de sentidos, de excitación, de frustración, de protección y de gratificación, la cual cumple una función estructurante en el incipiente psiquismo. Por el contrario, puede presentarse un exceso que resulta ser perjudicial, se trata de la “violencia secundaria”, esta apunta al Yo y tiende a erosionar la estructuración psíquica (Castoriadis-Aulagnier, 1975/2014, p.34). Entonces, la función materna supone un requisito esencial para que la vida física y afectiva puedan preservarse.

Los tiempos del sujeto

*Un niño es un lugar en la economía psíquica del adulto,
un objeto de deseo de amor y de goce.*

A. Flesler, 2011

Para poder llegar a constituirse en un sujeto, el niño debe poder atravesar tres tiempos que se producen en el entramado de una relación amorosa con un otro significativo, en el que se construye una historia libidinal la cual es marcada por deseos, fantasmas, temores y prohibiciones, donde se pone en juego la sexualidad del semejante (Janin, 2017). Por ello, desde los primeros tiempos, el aparato anímico es avasallado por

pulsiones. Estas son “el efecto de la intrusión sexualizante del otro humano” (Bleichmar, 2008, p. 53), en el psiquismo en vías de constitución y produce un monto de excitación que debe ser descargado mediante la función traductora que brinda el semejante.

Las palabras, las caricias, las miradas del otro materno, permiten que las pulsiones se ligen y formen una representación que produce un plus de placer (Janin, 2017). Estas primeras inscripciones que se encuentran al servicio del principio del placer, dejan en el aparato anímico marcas indelebles, huellas mnémicas que reorganizan la energía circulante en él (Freud, 1920/2017a). De este modo, se instalan en el psiquismo distintas vivencias, las cuales son un modo particular en que se ligan los hechos en cada sujeto (Janin, 2017, p.19).

Así como se inscriben vivencias de placer, sucede lo mismo con las vivencias en las que “el dolor se reconoce junto al displacer” (Freud, 1950/2001, p. 364-365). Aquí la energía psíquica no pudo ser ligada y ello produce una vivencia de dolor que deja la marca del objeto hostil (Bleichmar, 2012, p.36). Estas vivencias arrasan con el psiquismo dejando un vacío representacional. A pesar de ello, el aparato anímico puede experimentar vivencias calmantes, es decir, que en la medida en que el auxilio del semejante apacigua el dolor y no estalla frente al mismo sino que puede soportarlo, el psiquismo consigue generar nuevas conexiones (Janin, 2017, p.21).

De este modo, comienza a producirse en el incipiente psiquismo las primeras ligazones y las primeras inscripciones que marcan al mismo para siempre. Freud en su trabajo Pulsión y destinos de pulsión (1915/1992c), menciona dos posibles destinos pulsionales que comienzan a operar como mecanismos de defensa anterior al tiempo de la instauración de la represión originaria. Ellos son la transformación en lo contrario y la vuelta hacia la persona propia.

En cuanto a los mecanismos pulsionales mencionados, podemos ubicar su funcionamiento en la tendencia que tienen los niños en accidentarse y en buscar ser castigados. Por ejemplo, la vuelta sobre la persona propia la podemos localizar en niños que tienden a accidentarse constantemente, los golpes y moretones en distintas partes del cuerpo dan cuenta de este mecanismo. Con respecto a la transformación en lo contrario, Freud lo vincula con la pulsión sádica y explica que ésta última es proyectada hacia afuera transformándose en su contrario, en la pulsión masoquista. Este mecanismo incluye la vuelta sobre la persona propia (Freud, 1915/1992c).

Otro de los puntos que merece nuestra atención son las fases del desarrollo sexual infantil introducidas por Freud (1905/2000). En el camino de la subjetivación, algo del otro es incorporado en el psiquismo del niño lo cual tiene sus efectos. En la fase oral, desde el momento en que el semejante materno incorpora su pecho en el niño para cumplir con la función nutricia, genera una estimulación en la boca del bebe que le provoca una satisfacción placentera, de modo que esta zona pasa a ser representada en el niño de forma particular (Janin, 2017).

En relación a esto Freud (1905/2000) señala que:

(...) la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera. Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala {*anlebnen*} primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella. (p.165)

Por lo tanto, en la fase oral lo que el niño incorpora a través de la función nutricia, no es el pecho de su madre, sino lo que ese objeto representa. En un tiempo ulterior a la incorporación del objeto primordial se produce una separación. El destete viene a confirmar esa separación. Freud plantea que con la aparición de los dientes el niño muerde el pecho rechazándolo y de este modo se independiza del objeto ajeno (Freud, 1905/2000, p. 165).

Este es el primer movimiento que realiza el psiquismo del niño al separarse del otro, lo podemos ubicar en el juego del carretel que Freud descubrió observando a su nieto. El juego del fort da pone de manifiesto una elaboración psíquica en la cual el aparato anímico no solo obtiene una ganancia de placer transformando en activo lo que vivió en pasivo, sino que elabora la simbolización de la ausencia del objeto. Para el autor, el displacer que causa la ausencia -la cual el niño debe poder soportar renunciando a la satisfacción pulsional inmediata-, queda representado en el “fort” que enuncia el pequeño niño y el “da” expresa la ganancia de placer que produce el reencuentro con el objeto (Freud, 1920/2017a, p. 14-17).

Durante el proceso de subjetivación se producen cortes en la relación con el otro que tienen una función estructurante en el psiquismo infantil. Así, como sucede con el destete se producen nuevas separaciones y se resignifican las anteriores. Cuando el niño comienza a controlar los esfínteres en la fase anal, se produce un nuevo corte en la relación con el otro. Dicha separación se instala desde el momento en que el niño controla el esfínter anal cuando él lo desea. De este modo, el niño renuncia a su ganancia de placer con la



actividad anal (Freud, 1905/2000, p.169). Renuncia que más tarde será represión, pues, el asco que las heces le provocan al niño opera en el psiquismo como un dique que inhibe la meta sexual de la zona anal lo que da cuenta que la represión se ha consolidado (Freud, 1905/2000). Asimismo, el control de esfínteres supone una sujeción a las normas culturales, a la búsqueda de amor y de reconocimiento (Bleichmar, 2008).

En relación a esto, Bleichmar (2008) señala que el niño renuncia a defecar donde él quiere a cambio del amor del otro. Por lo tanto, se produce una relación de separación y de intercambio entre el niño y el semejante. No obstante, el niño siente temor a que el otro se enoje por no renunciar a su ganancia de placer, lo que le produce un sentimiento de culpa. Este temor a perder el amor del otro implica perder el resguardo y la protección de la que se depende. En otras palabras, el sentimiento de culpa surge sobre la fantasía de haber dañado al objeto del cual se teme perder su amor (Bleichmar, 2016, p. 269).

Cabe agregar que en esta fase se estructura el Yo, Silvia Bleichmar (2016), lo define como “una masa representacional donde el cuerpo ocupa un lugar central, como totalidad sobre la cual se sostiene la representación de sí mismo” (p.179). Acorde a esto, introducimos los aportes de Jacques Lacan respecto al estadio del espejo como momento fundante del Yo, instancia en el que la imagen de sí ocupa un lugar central.

Para el psicoanalista francés, el estadio del espejo es concebido “como una identificación”, debido a las transformaciones que se producen en el sujeto cuando éste asume una imagen (Lacan, 1949/2002, p.100). En dicho estadio, Lacan distingue el momento en el que el niño se siente fascinado por la imagen del otro que ve reflejada en el espejo y es a través de esta fascinación que se anticipa a lo que será su imagen corporal en un futuro (Lacan, 1949/2002).

El cuerpo del otro visto en su *Gestalt* por el niño, genera en él una sensación unificadora del propio cuerpo. El niño toma al otro como espejo y se regocija frente a la imagen especular porque la ama y encuentra en ella unidad, dominio y libertad motriz (Julien, 1992, p.37). Entonces, cuando el *infans* se reconoce con júbilo frente al espejo se identifica con la imagen especular dando paso a la formación del Yo ideal, incluso antes que el lenguaje le restituya su función de sujeto (Lacan, 1949/2002, p.100).

En concordancia con los lineamientos de Lacan, retomamos las formulaciones freudianas para agregar que el Yo ideal, el “Yo placer purificado”, es el que predomina en toda la primera infancia. Freud en Introducción al narcisismo (1914/1992b), afirma que el Yo



ideal es un Yo idealizado por los padres, quienes le atribuyen toda clase de perfección al niño. En el transcurso del narcisismo primario esta idealización funciona como estructurante en el psiquismo infantil. Más tarde, debe producirse la caída de la imagen de niño perfecto por parte de los padres, para dar paso al narcisismo secundario.

Una vez que el niño atraviesa la fase oral y la fase anal, deviene la fase fálica o edípica. Cabe mencionar que el Complejo de Edipo se encuentra presente desde antes del nacimiento de hijo en el deseo de los padres. El Edipo en el psiquismo infantil tiene una función normatizadora que “se sostiene en la asimetría entre el adulto y el niño, en la diferencia de poder y de saber del adulto respecto al niño, fundamentalmente en lo que hace a la sexualidad” (Bleichmar, 2016, p.17).

Desde la perspectiva de Lacan, la tríada edípica está compuesta por personajes reales, aunque no son estos los que se inscriben en el psiquismo del niño sino lo que ellos representan. En cuanto al primer tiempo del Complejo de Edipo, Lacan (1958/2020), sostiene que la etapa fálica primitiva tiene que ver con la relación primordial entre la madre y el niño. De este modo, el deseo de los progenitores ocupa un rol fundamental en la estructuración del psiquismo, es a partir de éste que un niño puede acceder a su propio deseo en tanto sujeto (Flesler, 2011).

Asimismo, la madre es quien encarna el lugar del Otro⁹, por eso interviene desde el plano simbólico (Lacan 1958/2020). Esto significa que participa a través de la palabra, otorgando sentidos y significados al llanto de su hijo (función materna). Pero, también lo hace desde el plano imaginario, en cuanto el deseo materno apunta a un movimiento de anticipación que permite el sostén narcisista del niño (Flesler, 2011, p.48).

En cuanto al padre que integra esta tríada, éste también se articula en el plano simbólico, como mencionamos en párrafos precedentes, ambas figuras están inscriptas en el psiquismo por lo que representan. Por lo tanto, para que se inscriba el padre en el psiquismo del niño no es necesario su presencia real, sino que opere la metáfora paterna, la cual representa la interdicción del incesto (Lacan, 1958/2020).

La función del padre es nombrar; la nominación introduce una restricción al goce en la estructura (Flesler, 2011, p.49). Esta función se articula en el significante Nombre del

⁹Lacan concibe al Otro como el lugar donde se constituye la palabra. En el seminario 2 (1955) afirma que “En la función de la palabra de quien se trata es del Otro” (p.355). Por lo tanto, aquel que encarna el lugar del Otro inscribe al niño en la cadena significativa, es decir, lo introduce en el lenguaje.

Padre y limita al goce en varios sentidos: al hijo le indica que hay una mujer con la que no alcanzará satisfacción y a la madre, al ser deseada como mujer, le indica que es no-toda madre (Flesler, 2011, p.49). Así, por medio de la castración simbólica, es posible una pérdida de goce que da lugar a la falta de la que surge el deseo.

Además, el primer tiempo del sujeto es donde se producen las primeras identificaciones. Como lo mencionamos más arriba, Lacan hace énfasis en este mecanismo por ser un elemento estructurante del psiquismo. En esta fase, la madre es para el niño un ser deseante, a causa de ello el hijo se identifica con aquello que la madre desea, es decir, con el falo¹⁰. Este significante “desempeña un papel activo esencial en las relaciones del niño con la pareja parental” (Lacan, 1958/2020, p. 190). En otras palabras, el niño se identifica con el falo que completa a la madre, un ejemplo de ello son expresiones maternas como: “mi hijo es todo para mí, no me falta nada”, lo que da cuenta del lugar que ocupa el niño en tanto falo para su madre.

Lacan sostiene que en el segundo tiempo del Complejo de Edipo entra en juego la primacía del falo, significa que, en esta fase toma relevancia la figura del padre “todopoderoso” quien se interpone entre el niño y su objeto privilegiado. En relación a lo que prohíbe el padre en este tiempo, el autor menciona que:

(...) prohíbe la madre. En cuanto objeto, es suya, no es del niño. En este plano es donde se establece, al menos en una etapa, tanto en el niño como en la niña, aquella rivalidad con el padre que por sí misma engendra una agresión. El padre frustra claramente al niño de su madre. (Lacan, 1958/2020, p. 177)

Entonces, en esta triada el padre que interviene es el padre simbólico, que está provisto de un derecho, no es la figura real. El derecho es prohibir, es por ello que el Complejo de Edipo es normativo.(Lacan, 1958/2020).

En este tiempo, el niño nota que el padre le significa un estorbo cuando este está junto a su madre, por lo tanto, su identificación con él se torna hostil. No obstante, se producen en el alma del pequeño niño sentimientos de amor hacia la figura paterna. Esto indica que desde el comienzo la identificación es ambivalente (Freud,1921/ 2017b, p. 99).

En cuanto a la identificación con el padre, el niño se enfrenta a ser o a tener el falo. La diferencia radica en que la ligazón recaiga en el sujeto -se quiere ser- o en objeto del yo

¹⁰ Para Lacan (1958) el falo es un significante fundamental que circula entre la madre y el niño. La madre desea este objeto y el niño intenta satisfacerla identificándose con el mismo.

-se quiere tener-, (Freud, 1921/2017b, p.100). De esta forma se establece la identificación terminal que conduce a la formación del Ideal del yo como soporte del narcisismo secundario (Lacan, 1958/2020). Sin embargo, esta circunstancia, determina un conflicto narcisista en el psiquismo del niño que tiene que ver con el temor de perder algo valioso de sí, ello se articula al Complejo de castración por intentar poseer el objeto privilegiado (Bleichmar, 2016).

Una vez que el niño es atravesado por la castración simbólica, el Complejo de Edipo declina. La privación es correlativa a la identificación del ideal del Yo, que se produce tanto en el niño como en la niña y alcanza un valor diferente para cada uno de ellos. Lacan (1958/2020), asevera que el hecho de que el padre se convierte en el Ideal del Yo, genera en la niña el reconocimiento de que ella no tiene falo. En cambio, el niño se enfrenta a reconocer que no tiene, lo que verdaderamente tiene (p.178). La salida del Complejo de Edipo debe conducir a la privación, la misma se realiza a través del fantasma, es decir que, la prohibición se hace posible por la forma discursiva de los progenitores, lo que implica la posición subjetiva de los mismos (Bleichmar, 2016).

De acuerdo con las formulaciones freudianas, el superyó es el heredero del sepultamiento del Complejo de Edipo. El niño internaliza la autoridad del padre o de ambos progenitores, dando lugar a la formación del superyó (Freud,1924/1992a, p.184). De acuerdo al autor, la conciencia moral es la función del superyó, encargada de enjuiciar las acciones del Yo. En otras palabras, cuanto más severa es la conciencia moral, con mayor dureza actúa el superyó (Freud, 1930/2014, p. 132).

Finalmente, en el segundo despertar sexual se inicia la pubertad. De acuerdo con Flesler (2011), en este tiempo se reinicia la irrupción pulsional y comienza el drama puberal. En la adolescencia se produce el abrochamiento fantasmático y para que ello suceda debió existir en los tiempos anteriores, no solo una redistribución de goces, sino una pérdida del mismo por parte de los padres. Por lo tanto, la conclusión de la infancia supone una vez más que se ponga en juego el deseo de los padres y que estos puedan anticipar y nominar al sujeto, ya que en este tiempo se accede a nuevas modalidades en cuanto al deseo, el goce y el amor fuera del cuerpo familiar (p.79).

III. Posibles fallas en el camino de la subjetivación como signo del sufrimiento psíquico infantil asociado al comportamiento desobediente

*El pie del niño aún no sabe que es pie,
y quiere ser mariposa o manzana.
Pero luego los vidrios y las piedras,
las calles, las escaleras,
y los caminos de la tierra dura
van enseñando al pie que no puede volar,
que no puede ser fruto redondo en una rama.*
P. Neruda, 1958

¿Por qué sufre un niño?, es muy amplio el tema para dar una sola respuesta, eso sería reducir la problemática a causas únicas y generales que clasifican el sufrimiento sin tener en cuenta cada singularidad. Este trabajo toma posición respecto a una determinada concepción de subjetividad, la cual se produce en un vínculo con otro(s). Es lo que nos permite acercarnos a pensar sobre las posibles fallas que pueden producirse en el camino de la subjetivación. Por ello, tomamos en cuenta las diferentes dimensiones -familia, escuela, sociedad, y los diferentes discursos, económico, político, cultural y disciplinar- que se ponen en juego cuando un niño expresa sufrimiento psíquico con su hacer.

De este modo, realizamos una aproximación que da cuenta de los vaivén por los que transita el psiquismo infantil, en la que el otro y los otros tienen real importancia. Berenstein (2004), considera que es con y desde el otro que se construye un vínculo, inicialmente con los padres como con los otros del medio social (p.31). Para el autor, lo vincular requiere de la presencia, ya que el sujeto se sostiene en ella. Es a través de la imposición¹¹ que se le da un lugar a la otredad (Berenstein, 2004).

Según Berenstein (2004), existe una relación entre violencia y violación asociadas a las concepciones de Piera Aulagnier respecto a la violencia primaria y la violencia secundaria. En la cual, la primera es una violencia instituyente y la segunda, una violación que destituye (p.87). En este sentido, la violación (violencia secundaria) produce una

¹¹ Para Berenstein (2004), la imposición es un mecanismo instituyente. La mamá instituye a y se instituye desde ese otro que es el infans. El exceso de sentidos (violencia primaria) marca el psiquismo que el vínculo produce en ambos. Esto da lugar a una subjetividad que no está centrada en el yo, sino en devenir otro con otros (p.88).

reduccion de subjetividad, despoja a los otros de su posibilidad de hacer marca, las relaciones dejan de ser tales y pasan a ser actos de violencia, que tienen por consecuencia que el sujeto pierda su cualidad de tal (Berenstein, 2004, p.90). Puesto que, cuando un niño a través de su comportamiento expresa su malestar, puede estar denunciando que ha sido anulado en tanto sujeto. Desde el punto de vista del autor, en la relación violencia-violación el sujeto es ausencia donde debió ser presencia (Berenstein, 2004).

Siguiendo el pensamiento del autor, el sufrimiento psíquico de un niño se encuentra ligado a la relación violencia-violación de la cual depende su condición de sujeto (Berenstein, 2004). Esto nos permite formularnos hipótesis acerca de cómo se fue armando la subjetividad del niño, que fallas pudieron producirse en los encuentros y desencuentros de una relación, que como bien dice Neruda (1958/2018) en su poema, dejaron al pie del niño ser mariposa o manzana (p.58).

Para continuar avanzando sobre el lugar que ocupa el desobedecer en la lógica del psiquismo infantil. Comenzamos por diferenciar lo que es un síntoma, de lo que es un trastorno. Dado que este trabajo se orienta desde el paradigma de lo originario, hablar de síntoma supone la instauración de la represión originaria como movimiento fundante del inconsciente. En este sentido, Silvia Bleichmar (2000) sostiene que:

(...) los síntomas son formaciones de compromiso efecto de la existencia y relación de ambos sistemas, y no pueden ser pensados psicoanalíticamente antes de la fijación del inconsciente respecto de la barrera de la represión y al rehusamiento por parte del yo de una satisfacción pulsional. (p. 123)

Con esta afirmación, la autora señala dos aspectos en la formación de los síntomas; por un lado, el síntoma es la expresión de un conflicto intrapsíquico entre deseos y prohibiciones -una vez separado el sistema inconsciente del preconscious-consciente- como efecto de la represión. Por otro lado, muestra el carácter simbólico del síntoma “en tanto representación indirecta y figurada de una idea, de un conflicto, de un deseo inconsciente” (Bleichmar, 2008, p. 22).

Sin embargo, anterior al tiempo de la represión primaria “no hay síntomas en sentido estricto, sino trastornos” (Bleichmar, 2000, p. 123). Estos últimos son una forma de funcionamiento del psiquismo que se expresa a través de movimientos intrapsíquicos los cuales cobran diferentes sentidos (Janin, 2017).



De modo que, el curso de la infancia se encuentra poblado de angustias, trastornos, inhibiciones y síntomas, que si bien pueden indicar un estancamiento en alguno de los tiempos del sujeto (Flesler, 2011), también pueden responder a expresiones sintomáticas, las cuales se manifiestan en un tiempo acotado. Por ejemplo, el miedo a la oscuridad que algunos niños sienten. En este sentido, el comportamiento desobediente puede ser un síntoma como un trastorno, ello dependerá del tiempo del sujeto en la estructura y si se produce antes o después de que se instale la represión originaria.

¿A qué responde el comportamiento desobediente?

Toda la primera infancia es un proceso complejo que somete al sujeto psíquico en constitución a movimientos lábiles y masivos con lo que no se puede plantear nada como definitivo.

S. Bleichmar, 2008

Un vínculo de coerción

La coerción puede entenderse como la intención de un sujeto de controlar por fuerza la conducta de un objeto. En otras palabras, “la coerción está destinada a limitar la autonomía de un objeto, a tiranizarlo, a borrar la diferenciación con el otro, a restringir la libertad del otro” (Valeros, 1997, p. 216). Sin embargo, no se busca ejercer coerción sobre otro simplemente sino el establecimiento de un vínculo de coerción mutua, el cual se rige por la legalidad del orden-sometimiento/sometimiento-orden (Valeros, 1997).

Cuando el niño no logra sustituir la pérdida y no tolera la separación con el otro, intenta por todos los medios dominarlo. Como efecto de esta dificultad, se despierta en el niño intensas ansiedades de separación que intenta apaciguar controlando al objeto (semejante materno), instalándose así un vínculo de coerción con el otro. En dicho vínculo el sujeto busca una fusión con el otro materno con el fin de colmar sus necesidades y calmar todas sus angustias. Por lo que cuando la fusión con el otro fracasa, el sujeto tiene la vivencia de fragmentación de su identidad. La ansiedad de separación es muy intensa y es vivida en el niño como una convicción de muerte inminente referida a sí mismo, lo que despierta en él intenso odio. Esto que siente el niño es en respuesta a la hostilidad que le atribuye al otro materno cuando este último no es controlado por el primero (Valeros, 1997, p. 217).

Desde esta perspectiva, el comportamiento desobediente puede incluirse en la lógica de un vínculo de coerción. Según Valeros, niños que gritan, que lloran, que atacan físicamente o que amenazan, se encuentran enlazados en una relación de coerción mutua. Sus comportamientos visibilizan las fallas que el objeto maternante tuvo al no lograr una fusión verdadera en el contacto satisfactorio de las necesidades de dependencia del niño y en cambio introdujo la coerción mutua como forma patológica de contacto. Durante el desarrollo temprano, tanto la agresión como el afecto de estos niños, no fue tolerada por los padres y quedan en el niño con un valor negativo (p.247). El hecho de que los padres no limiten las ansiedades de sus hijos, impide la posibilidad de elaborar duelos que demanda permanentemente el vivir, lo que implica tolerar la separación del objeto (Valeros, 1997).

El des-borde de lo pulsional

Es recurrente encontrar niños con dificultad para renunciar a la satisfacción pulsional inmediata. En otras palabras, niños que no pueden soportar la espera ni ceder frente a otros. Estos chicos quedan capturados por la urgencia irrefrenable de lo pulsional que no pudo ser contenida por el auxilio del semejante en los primeros tiempos de la vida (Janin, 2017).

Cuando quien encarna la función materna no puede tolerar el desborde del bebé, no puede calmarlo porque no soporta su llanto y estalla junto a él, por lo que fracasa la función ligadora que inhibe el desborde pulsional y el niño queda a merced de una descarga permanente. El des-borde del semejante deja al niño en un estado de desesperación y de vaciamiento representacional, con lo cual el vínculo con el otro se torna insoportable (Janin, 2017, p.40). Esta situación, deja en el niño la idea de ser expulsado violentamente por el otro, lo que le provoca un estado de desesperación que se incrementa en el vínculo con adultos que se ubican como impotentes frente a los ataques del niño (Janin, 2017, p. 78)

Fallas en la simbolización

Casas de Pereda (1999), define la simbolización como el trabajo de elaboración que el psiquismo realiza en transformar y sustituir la pérdida del objeto. La simbolización es un proceso en el que interviene el juego presencia- ausencia que vuelve consistente la actividad negadora (p.115). Función esencial del psiquismo, que se manifiesta mediante tres modalidades en cada tiempo del sujeto:

- a) La negación discriminativa, se produce en los primeros tiempos del sujeto y es puesta en marcha por la madre a través del juego que realiza con el bebé



está-no está. Así comienza la discriminación entre sujeto- objeto, pero como aún el psiquismo no puede tolerar la ausencia del objeto, el mecanismo defensivo que se instala es la desmentida (Casas de Pereda, 1999, p. 118). De modo que las fallas en este tiempo dificultan la discriminación con el objeto. Por consiguiente, el niño vive intensa ansiedad, tal como lo mencionamos en párrafos precedentes, a causa de la angustia de separación que no puede ser regulada por el semejante auxiliador y deja al niño en un estado de desesperación (Valeros, 1997).

- b) El “no” de la prohibición, es la función de la negación. Casas de Pereda (1999), señala que la función materna es la encargada de transmitir al niño el “no” de la prohibición, por lo tanto, “las carencias y fallas en este ámbito de la prohibición, que es en última instancia prohibición del incesto, constituye la base de numerosos efectos patológicos” (p. 120).
- c) La actividad negadora es la negación en sentido freudiano. Lo que significa, que la represión se ha instaurado, siendo el “no” señal de ella. Para la autora, el “no” implica una pérdida y una sustitución, sobre este punto explica que: “Entre afirmación y expulsión, entre presencia y ausencia, acontece una marca primordial que deja restos que pueden ser “recuperados” en la negación verbal desde los efectos de la represión” (Casas de Pereda, 1999, p. 121). Esto significa que, el ejercicio de lo negativo es habilitado por la función materna desde el momento que el semejante auxiliador introduce la mediación simbólica con el juego presencia-ausencia, ello permite discriminar, transformar y sustituir al objeto.

Las fallas en la actividad negativa implica la dificultad para simbolizar afectos, en concordancia a ello Janin (2017), menciona que algunos niños no logran poner en palabras lo que les sucede y como no lo consiguen pasan a la acción. Esto afecta, a su vez, el armado del pensamiento, por lo que el niño no registra sentimientos y aparece un vacío de ideas o afectos que el niño suele expresar como: “no siento”, “no pienso” (p.40). De este modo, los niños que suelen tener un comportamiento violento y agresivo con el que consiguen desobedecer la palabra del adulto expresan fallas en el proceso de simbolización.



Fallas en la constitución del narcisismo

Respecto a la constitución del narcisismo, Freud (1914/1992b), menciona que la sobrestimación por parte de los padres al atribuir al niño toda clase de perfección lo idealiza y cuando el niño queda ubicado permanentemente en el lugar del ideal “His Majesty the Baby”, tiene el deber de poder cumplir y alcanzar lo que los padres no lograron (p.88). Esto se torna en un mandato imposible para el niño, que responde con comportamientos desafiantes. La diferencia entre lo que se es y lo que el modelo de los padres exige, supone una distancia máxima entre el Ideal de los padres y el yo del niño. El des-obedecer y el des-cumplir el mandato parental, genera en el niño sentimientos de inferioridad e inhibiciones (Janin, 2017, p. 51).

En relación a las dificultades que se presentan en el armado narcisista asociado al comportamiento desobedientes se encuentran:

a) Desmentida de la dependencia

Las aseveraciones de Janin (2017), respecto a la tendencia de algunos niños a desmentir la dependencia, indican que cuando el niño teme depender del otro porque no lo consideran seguro, el mostrarse autosuficiente y negarse a obedecer puede ser un modo precario de sostener su narcisismo (p. 78).

No obstante, el “no quiero” formulado por algunos niños opera como protección ante el avance intrusivo del otro, que le permite sostenerse como diferente. Según Janin (2017), la dificultad que se presenta en estos chicos es que pierden la percepción de sus deseos, porque lo único que desean es oponerse al deseo del otro y reafirmar su autonomía (p.79).

En este tipo de funcionamiento se encuentra comprometida la sublimación, que se expresa en la dificultad para jugar o realizar actividades creativas. Estos niños buscan ubicarse en cierta posición subjetiva que le permite ejercer poder, por ejemplo ser el “jefe” de la “banda” y enfrentarse en una lucha de poder con el adulto (Janin, 2017, p. 79).

b) El niño como sostén del narcisismo parental

También puede suceder que se produzca un exceso de narcisización, como efecto de la idealización de la infancia en las actuales sociedades de consumo. En este sentido, Janin (2017), afirma que cuando el niño encarna el ideal de perfección sostiene el narcisismo parental. El hijo tiene el mandato de “remendar el narcisismo de otro que mantiene viejas heridas sin cerrar” (p.81). De este modo, el niño queda ubicado en una

posición subjetiva reivindicativa, ya que es el encargado de cumplir los deseos insatisfechos de los padres y de vengar sus derrotas (Janin, 2017). Como consecuencia de ello, al niño le resulta difícil diferenciar los golpes al narcisismo sufrido entre su padres y el suyo, lo que puede generar comportamientos desafiantes frente a la autoridad; en la escuela y en la casa (Janin, 2017, p. 82).

Fallas en el armado de un superyó protector

Respecto al superyó, Bleichamar (2016), asevera que este se instala sobre “los prerequisites amorosos con los cuales se inscribe la relación con el otro. Es imposible recibir la ley si esta no proviene del otro amado” (p. 31). En este sentido, el superyó se establece sobre la base del amor, en tanto el amor supone una postergación al goce que da lugar al deseo (Bleichmar, 2016). En los casos donde los padres le transmiten al hijo que no puede hacer tal o cual cosa porque puede ser descubierto, en lugar de sentir culpa como efecto de la conciencia moral, se produce en el niño un movimiento destructor en el que incide la ética de los padres (Janin, 2017, p. 85). Para Bleichmar (2016), la ética está marcada en el principio del semejante, es decir, en considerar al otro en tanto sujeto diferente.

En los casos donde se le exige al niño el sometimiento a la voluntad del otro, que supone la anulación de su propia subjetividad, queda ubicado como objeto de goce de un otro omnipotente y todo pasa a ser impredecible. El niño vive en un estado de alerta permanente que desliga la pulsión de vida (Janin, 2017). El problema de la ética de los padres, se enlaza en los modos en que el adulto pone un límite a su propio goce en relación al niño (Bleichmar, 2016). Por el contrario, cuando los padres pueden soportar y sostener la posición del hijo en tanto sujeto diferente de sí, evidencian que ellos mismos están marcados por un superyó benevolente y protector que tolera las diferencias sin desestructurarse (Janin, 2017, p. 86).

En cuanto a los niños que no obedecen, que se muestran desafiantes y no ceden frente a la autoridad, el problema puede deberse a que los padres suelen transmitirle al hijo su propia transgresión a las normas y valores de la cultura a la que pertenecen (Janin, 2017, p. 49), lo que evidencia fallas en el armado de su superyó protector.

La transgresión a las normas

Según Janin (2017), algunos padres transmiten sus deseos de desafiar toda norma y desmentir toda legalidad (p. 83). Como consecuencia de ello, el niño se encuentra con un

otro que no representa una figura de autoridad, porque no respeta la ley, sino que la impone. De este modo, el niño se opone a toda prohibición y desobedece toda norma porque se identifica con quien dicta las normas, pudiendo convertirse en un tirano (Janin, 2017).

Del lado de los padres: posición subjetiva de éstos frente a la problemática del niño

A continuación analizamos las distintas posiciones subjetivas en la que los padres se ubican frente al comportamiento desobediente de su hijo. De acuerdo a Flesler (2011), el deseo de los padres juega un papel central en la estructura del psiquismo infantil. A partir del modo en que el niño es ubicado en el deseo de los progenitores, toma un lugar como sujeto en esta lógica. Un niño es un lugar en la economía psíquica de los padres como objeto de deseo, de amor y de goce (p. 192).

En otras palabras, para que un niño alcance la condición de sujeto debe ser pensado y deseado por sus padres. Por el contrario, cuando un niño no es incluido en la economía psíquica de sus progenitores, su presencia se convierte en una molestia o en un desecho. En lugar de ser una representación valiosa, es arrojado a la basura. En este caso el niño no ha alcanzado un valor fálico y por eso no llega hacer falta, ni se constituye como objeto del narcisismo materno, lo que anula su condición de sujeto (Flesler, 2011, p.177).

Así pues, cuando el niño es ubicado en el deseo de los padres como objeto de deseo, los progenitores tienden a ubicarse en una posición de desentrañamiento de un enigma, es decir que, los padres son interpelados por el goce del síntoma del hijo y se interrogan acerca de qué es lo que le sucede al niño. Se presenta en los padres una búsqueda de saber (Flesler, 2011, p. 143). En otras ocasiones, el niño es ubicado en el deseo de los padres como objeto de amor. En estos casos los padres adoptan una posición subjetiva reivindicativa frente al niño cuando éste desobedece el mandato de ser el hijo ideal (Flesler, 2011). Situación que muchas veces desborda a los padres cuando sus hijos no cumplen con lo esperado por ellos (Janin, 2017). También, puede suceder que el niño encarna el lugar de objeto en el fantasma materno o de goce en el deseo de los padres. Esto permite que se instale un goce "parasitario" que no causa malestar ni preocupación en los padres. La posición de éstos habilita todo tipo de abusos sobre el niño, ya que no hay ley que regule ese goce (Flesler, 2011, p. 143).

Desde esta perspectiva, el comportamiento desobediente de algunos niños se asocia a cómo estos han sido ubicados en el deseo de sus padres, ello determina la

posición subjetiva de los progenitores frente a la desobediencia de sus hijos. Razón por la cual nos acercamos a pensar en las posibles intervenciones clínicas con estos niños y sus padres.

Intervenciones clínicas

Según Muniz (2005), la intervención es “una modalidad de práctica psicológica que favorece cambios en el consultante a partir del uso de estrategias¹² que se van construyendo en un tiempo acotado” (p.18). Dicha modalidad de práctica se produce en un encuentro, el cual modifica a quienes lo producen, que supone algo del orden de lo novedoso (Berenstein, 2004).

Desde el punto de vista de lo vincular las intervenciones parten de la concepción de subjetividad que el clínico tenga, y si bien son dirigidas al niño integra a la red social de la que éste es parte: padres, maestros, educadores, familiares (Muniz, 2013). Incluir a los padres en el tratamiento del niño es crucial. Flesler (2011), asevera que los padres se encuentran presentes en la transferencia, pues, los efectos de la misma se realizan en la dialéctica entre el niño y sus padres (p.142).

Siguiendo la línea de pensamiento de ésta autora, la transferencia de los padres presenta su pluralidad simbólica, real e imaginaria en la consulta por un niño. Por lo tanto, cuando los padres son portadores de la resistencia, que también se ubican en estos tres registros, las intervenciones clínicas apuntan a destrabar las resistencias externas y desde el momento en que se relanza el movimiento dichas intervenciones cesan (Flesler, 2011).

De modo que, el acto analítico del analista se pone en juego a través del “influjo analítico”, el cual consiste en operatorias de redistribución y reanudamiento de goce que son irreductibles a la interpretación. Esto significa que, el “influjo analítico” permite intervenir en los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario, siempre que se tenga en cuenta el tiempo y la ubicación del sujeto de la estructura (Flesler, 2011, p. 196).

Entonces, cuando los padres llevan a un niño a una consulta con un psicoanalista lo hacen desde alguna de las tres vertientes de la transferencia. Por ejemplo, cuando los progenitores realizan una consulta por su hijo, son movidos por una pregunta que dispara el síntoma del niño. Se le supone al analista un saber, esta posición de los padres muestra la

¹² Muniz (2005), recoge la noción de estrategia postulada por Edgar Morin, la cual apunta a considerar un cierto número de escenarios posibles para la acción. Escenarios que pueden ser modificados a partir de elementos aleatorios que influyen sobre la acción.

cara simbólica de la transferencia, lo que indica que se encuentran disponibles al proceso analítico (Flesler, 2011, p. 143).

En otras ocasiones, los padres llevan al hijo pero no consultan, no hay pregunta en ellos, sino que se ubican en una posición demandante e idealizan el tratamiento. Exigen que el mismo cure el “mal” del hijo, que lo transforme en un ser dócil y obediente para ellos. Sin embargo, si en el transcurso de la cura el niño emprende su propio camino discriminándose de los otros, los padres quedan aún más insatisfechos con el tratamiento. Es aquí donde se pone en juego la variante imaginaria de la transferencia (Flesler, 2011, p.143).

También, puede suceder que los padres sean enviados por terceros (la escuela, el hospital, el juzgado o lo social), y se muestran molestos ante la interrupción de un goce que no les perturba. En estos casos no hay consulta, es la vertiente real de la transferencia con la que el profesional tiene que maniobrar. (Flesler, 2011, p.144).

Desde el punto de vista de la autora, atender a un niño supone “delimitar desde el inicio no solo el tiempo del sujeto, sino esencialmente los destiempos y contratiempos que expresan sus padecimientos” (Flesler, 2011, p. 159). Esto permite diversificar las intervenciones desprendiendo un saber-hacer de cualquier guía intuitiva. En relación a esto, Muniz (2005), menciona que el hacer-con el consultante implica operar en la búsqueda, develando los caminos ocultos del sufrimiento (p.18).

Las intervenciones con el niño apuntan al sujeto y los tiempos que hacen su constitución. Flesler (2011), subraya que los tiempos del sujeto son tiempos de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario, y que sólo hallan promoción de uno a otro en la interrupción de un goce cuya pérdida es condición para dar causa a la dialéctica deseante (p.159).

En este marco, la autora menciona el modo en que operan las intervenciones en cada uno de estos tiempos; en lo Real, las intervenciones apuntan a iniciar en el sujeto un tiempo de preguntas; en lo Simbólico, la función de la palabra en tanto metáfora, opera ligando sensaciones, pensamientos y sentimientos; en lo Imaginario, las intervenciones destacan la función del espejo, que le devuelve al niño una imagen unificada de sí (Flesler, 2011).

La intervención clínica con niños no se trata de develar una historia sino de construir, claro está que en todo análisis se construye una historia nueva, sin embargo con niños esto cobra una dimensión particular, ya que el analista opera sobre los primeros tiempos de esa historia. En este sentido, las intervenciones motorizan la estructuración (Janin, 2013, p. 85).

Respecto al comportamiento desobediente, las intervenciones clínicas con éstos niños actúan como borde ante la emergencia de lo pulsional. Janin (2013), menciona que estas intervenciones generan ligazones que inhiben la descarga pulsional, así el niño puede simbolizar afectos y pensamientos. Traducir los distintos modos de estallido del niño a partir de una situación de juego permite pasar del acto a la palabra. El hecho de tener en cuenta el circuito del deseo y el encuentro con un otro, puede suscitar destinos pulsionales nuevos (Janin, 2013, p. 94). A partir de allí, se producen movimientos estructurantes que dan paso a otros al mismo tiempo que se resignifican los anteriores.

En algunas ocasiones los niños que desobedecen, ponen en juego la desmentida como mecanismo de defensa, con ello consiguen proteger la imagen de alguno de sus padres. Aquí la intervención, se dirige a desarmar esa desmentida sin sentir que por eso se aniquila al progenitor (Janin, 2013, p. 97). Otras veces puede suceder con estos chicos que comienzan a detectar la separación del otro y desean anularla por medio de su control absoluto. El abordaje en este caso es de a poco, sin causar complacencias ni actuar en espejo. Es necesario crear el espacio apropiado para que el niño tolere su frustración, que muchas veces se manifiesta de forma muy hostil (Janin, 2013).



Reflexiones finales

*Y así voy con mi áter ego alterado
Que se parece a mi pero algo tuneado
Que convierte lo simple en complicado
Y que acepto por subsistir y no para ser aceptado
Cuando me toca aparentar
Vuelve el momento de posar
Sé que asumió mi dirección
Mi instinto de conservación
R. Musso, 2012*

Nos acercamos a las puntualizaciones finales respecto a lo que es ser niño y niña en un mundo de adultos des-bordados por la inmediatez y el efecto que ello tiene en la subjetividad infantil. El borramiento de las figuras parentales seguras, impide que el instinto de conservación en el niño se mantenga y por esto, se producen estallidos en la subjetividad que deja a los sujetos en una posición por subsistir y no para ser aceptados, como menciona Musso (2012) en su canción. Consideramos que aquellos niños que con sus comportamientos des-cumplen el mandato de ser el hijo ideal y/o que des-obedecen la palabra del adulto expresan señales de alerta que la clínica psicoanalítica no debe dejar de escuchar.

Entonces, como “psicólogos tomamos partido por los niños, por su sexualidad, por la legitimidad de su agresión, por su inquietud necesaria, por el derecho al pensamiento, (...)” (Volnovich, 2002, p.12). Por esta razón, es que nos interesa realizar un aporte que desestigmatice a estos niños del lugar donde se encuentran ubicados, lo que implica un posicionamiento ético frente a la temática abordada.

Para concluir, destacamos en esta monografía el valor que poseen los fenómenos complejos del psiquismo infantil; el posicionamiento subjetivo de los padres en relación a sus hijos que conlleva a los encuentros y desencuentros en el interior de un vínculo con otro(s), que puede dar lugar a que se produzca el sufrimiento. Esto nos permitió señalar las posibles intervenciones clínicas con niños des-obedientes y padres des-bordados, lo que implica un desafío para las clínicas de las infancias de hoy teniendo en cuenta los diferentes modos de transitar las infancias, de vivir, de sufrir y de amar.

Referencias

Airès, P. (1992). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. (N. García Guardilla, Trad.). Taurus.

Asociación Americana de Psicología (1995). *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales*.(4a ed).

<https://www.eafit.edu.co/ninos/reddelaspreguntas/Documents/dsm-iv-manual-diagnostico-estadistico-trastornos-mentales.pdf>

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Berenstein, I. (2004). *Devenir otro con otro(s): Ajenidad, presencia, interferencia*. Paidós.

Bleichmar, S. (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Amorrortu.

Bleichmar, S. (2001). *La infancia y la adolescencia ya no son las mismas: Qué se conserva hoy de la infancia que conocimos*.

<http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num3/autores-bleichmar-infancia-adolescencia.php>

Bleichmar, S. (2006). *Estallido del yo desmantelamiento de la subjetividad*.

<https://www.topia.com.ar/articulos/estallido-del-yo-desmantelamiento-de-la-subjetividad>

Bleichmar, S. (2008). *En los orígenes del sujeto psíquico: Del mito a la historia*. Amorrortu.

Bleichmar, S. (2012). *La fundación de lo inconsciente: Destinos de pulsión, destino del sujeto*. Amorrortu.

Bleichmar, S. (2016). *La construcción del sujeto ético*. Paidós.

- Carli, S.(1999). La infancia como construcción social. En S. Carli (Comp.), *De la familia a la escuela: Infancia, socialización y subjetividad* (pp. 11-40). Santillana.
- Carli, S. (2006). Notas para pensar la infancia en la Argentina (1983-2001). Figuras de la historia reciente. En S. Carli (Comp.), *La cuestión de la infancia: Entre la escuela, la calle y el shopping* (pp. 19-56). Paidós.
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización: Producción del sujeto psíquico*. Paidós.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (2014). *La violencia de interpretación: Del pictograma al enunciado*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Corea, C. & Lewkowicz, I. (2004). *Pedagogía del aburrido: Escuelas destituidas, familias perplejas*. Paidós.
- Flesler, A. (2011). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Paidós.
- Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Infancia. (2014). *Convención sobre los Derechos Del Niño y sus tres protocolos facultativos*
<https://www.unicef.org/argentina/media/571/file/CDN.pdf>
- Foucault, M. (1970). *El orden del discurso*. En Cuadernos Marginales (pp. 9-64).
- Foucault, M. (1989). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. (A. Garzón del Comino, Trad.). Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1980). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 217-231). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).
- Freud, S. (1982). Proyecto de psicología. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol.1, pp. 323-394). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).

- Freud, S. (1992a). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 19, pp.177-188). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1992b). Introducción al narcisismo. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 65-104). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1992c). Pulsión y destino de pulsión. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 14, pp.105-134). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (2000). Tres ensayos de teoría sexual. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (2014). El malestar en la cultura. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- Freud, S. (2017a). Más allá del principio de placer. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 18, pp. 1- 62). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (2017b). Psicología de las masas y análisis del yo. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Janin, B. (2013). *Intervenciones en la clínica psicoanalítica con niños*. Novedades Educativas.
- Janin, B. (2017). *El sufrimiento psíquico en los niños. Psicopatología infantil y constitución subjetiva*. Novedades Educativas.
- Julien, P. (1992). *El retorno a Freud de Jacques Lacan: La aplicación al espejo*. (R. Capurro, Trad.). Sistemas Técnicos de Edición.
- Lacan, J. (2002). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan *escritos 1* (pp.99-106). Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1949).



- Lacan, J. (2008) Más allá de lo Imaginario, lo Simbólico o del pequeño al gran otro. En *El seminario de Jacques Lacan: libro 2 El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (pp.263-408). Paidós. (Trabajo publicado en 1955).
- Lacan, J. (2020). La lógica de la castración. En *El seminario de Jacques Lacan: Libro 5 Las formaciones del inconsciente* (pp. 147-258). Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Leopold, S. (2011). Pensar la infancia en tiempos de incremento de los riesgos sociales. En P. Fryd (Coord.), *Acción socioeducativa con infancias y adolescencias: Miradas para su construcción* (pp. 13-38). Universitat Oberta de Catalunya.
- Leopold. S. (2014). *Los laberintos de la infancia: Discursos, representaciones y crítica*. Universidad de la República, Comisión Sectorial de Investigación Científica.
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado: La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.
- Miniz, V. (2006). Los chicos según la publicidad: Representaciones de infancia en el discurso del mercado de productos para niños. En S. Carli (Comp.), *La cuestión de la infancia: Entre la escuela, la calle y el shopping* (pp. 209-240). Paidós.
- Minnicelli, M. (2010). *Infancias en estado de excepción: Derechos del niño y psicoanálisis*. Novedades Educativas.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Muniz, A. (2005). Conceptualizaciones acerca del diagnóstico y la intervención psicológica. Aportes para un abordaje complejo de la cuestión. En A. Muniz (Comp.). *Diagnósticos e intervenciones: Enfoques teóricos, técnicos y clínicos en la práctica psicológica*. (Vol. III) (pp.11-28). Psicolibros.
- Muniz, A. (2013). Abordajes clínicos de las problemáticas actuales en la infancia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 3(2), 135-154
<https://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/165>

Musso, R. (2012). Solo estoy sobreviviendo [Canción]. En *Porfiado*. Warner Chappell Music, Inc.

Neruda, P. (2018). *Estravagario*. Planeta. (Trabajo original publicado en 1958).

Pilotti, F. (2001). Globalización y Convención sobre los Derechos del Niño: El contexto del texto. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Valeros, J. A. (1997). *El jugar del analista*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Volnovich, J. C. (2000). Prólogo. En A. Fernandez *Poner en juego el saber*. (pp. 9-23). Nueva visión.

Winnicott, D. (1991). *Los bebés y sus madres*. (L. Turner, Trad.). Paidós.